

¡Oh, hermoso mundo!

Nedda G. de Anhalt

Los siete relatos que conforman *¡Oh, hermoso mundo!*,¹ constituyen un punto culminante en la narrativa del escritor Sergio Galindo. Aquí confluyen muchas de sus preocupaciones u obsesiones, presentes a lo largo de su obra.

En *Cena en Dorrius* un comensal en un restaurante observa fascinado en la mesa próxima, los juegos de poder de un papi y una mami con sus hijos. La familia está festejando, con un recorrido europeo elegido por los padres, el cumpleaños número dieciocho de una de las hermanas.

- ¿Qué ordenaron?
- Qué te importa a ti —respondió la del vestido violeta. . . . ¿Por qué debes meterte en todo? ¡Me tienes harta!
- Yo sé lo que es mejor para ustedes.
- ¡Pero es mi cumpleaños! Creo que tengo derecho.
- Queridita, papi sabe mejor, ¿no crees?

Algo tan ordinario o cotidiano como esto, y Galin-

do, con una habilidad mágica, crea lo extraordinario, cuando el comensal hace las observaciones más simples. Todos los hermanos poseen narices iguales; caras parecidas, tanto que los sexos se confunden, el hermano parece hermana; sus risas son desagradables; la manera de comer es bestial. Los jóvenes se definen por colores: azul, rosa, violeta. El mesero que era joven se hace viejo. Extrañezas, metamorfosis y ambigüedades hacen que la comida se convierta en un espectáculo que se refleja en una pantalla. La narración cobra una rareza inquietante y perversa. *Cena en Dorrius* anticipa lo fantástico, que alcanzará una belleza siniestra en *El hombre de los hongos*.²

Galindo siempre ha expuesto en sus descripciones el poder hegemónico de la pequeña familia como el microcosmos del poder absoluto. Ahí se genera, para regir triunfal, la injusticia. Basta recordar en *La justicia de enero*,³ la paliza que a los nueve

¹ Sergio Galindo, *¡Oh, hermoso mundo!*, ed. Mortiz, Volador, 1975, 151 p. *¡Oh, hermoso mundo!* Querido Jim. Carta de un sobrino. Retrato de Anabella. Los tres compases. *Cena en Dorrius*. Me esperan en Egipto.

² Sergio Galindo, *El hombre de los hongos*, ed. Mortiz, dibujos Leticia Tarragó, 1976, 169 p.

³ Sergio Galindo, *La justicia de enero*, ed. Grijalbo, 1959, 1977, 217 p.

años recibe de su madre, Héctor Loeza, cuando es acusado falsamente por su hermano de una fechoría que no cometió. Estas familias, o clanes —*El Bordo*⁴ estas parentelas de trabajo —*La justicia de enero*— o alianzas emocionales —*Nudo*⁵ ahogan hasta la asfixia al ser humano. Las madres en los textos de Galindo, o son posesivas o están plenas de desamor hacia sus hijos. Los padres son unos tiranos y las tías son unas déspotas.

Carta de un sobrino, es la de Mario, que verbaliza su frustración, la que nunca se atrevió a expresar en vida a su tía Guillermina ahora muerta. Mario confiesa el odio que siente por ella, símbolo de su propia familia: los Malpica y los Toledo. Desprecia al bisabuelo Fermín, la tía Judith, el padre y sobre todo su madre, “la ratita”, que al elegir su carrera de actriz así como a su amante, relegó a Mario. En la carta, admite también, la frágil sobrevivencia de su deteriorada relación con su esposa Irene, que llega a su clímax cuando ésta aborta. Ese caserón en Jalapa, símbolo de poder que él ha heredado de su tía y que ambivalentemente desea y rechaza, le sirve para anunciar su próximo escape. Un viaje a París donde malgastará lo poco que queda de esa herencia, para lograr, tal vez, liberarse precariamente de “ese cordón umbilical jalapeño”.

En la obra de este autor, la patria chica, Jalapa, como la familia, extiende sus tentáculos y avasalla al individuo con sus costumbres rituales.

John Brushwood,⁶ señala con acierto, que “la solterona solitaria” es un personaje favorito de Galindo. A su vez, Ignacio Trejo⁷ hace un estudio exhaustivo de la vejez en la obra de este autor. Y en efecto, en *¡Oh, hermoso mundo!* convergen varios

solterones memorables y acontecen cumpleaños que inexorables, marcan el paso del tiempo en sus protagonistas. En *Me esperan en Egipto*, el miércoles 12 de septiembre de 1973, el bibliotecario Rodrigo Mier inicia el día colocando flores ante la tumba de sus padres. Celebra cincuenta años de una vida “no vivida” o vivida “sin pena y sin gloria”. Esclavizado en un tiempo a una madre enferma y atado a una relación amorosa ruinaria, Rodrigo decide darle sentido a su existencia cumpliendo una ilusión. Ese mismo día paga los boletos para realizar el añorado viaje a Europa. Su salida será el 16 de diciembre. Como en el epígrafe de Wilde en *El príncipe feliz*, Rodrigo encarnará la helada estatua que realiza el viaje en su propia alcoba.

Galindo ha manejado el clima y el tiempo de esta historia con ritmo preciso. Las fechas son rigurosas, porque en el interín, ese lapso estático en la vida de Rodrigo se irá contrapunteando con una serie de titulares del periódico que nos dan las noticias de lo que acontece en el mundo. Estas irrumpen, complementan y terminan por contaminar todo el relato, como el fanatismo y la violencia que nos invaden. Y de ellos no se escapa nadie, ni el propio Rodrigo, que al ser testigo y víctima de la brutalidad, concluye aterrorizado: *Somos una inmensa corrupta familia de alacranes* p. 149.

En *Los tres compases* se manejan y entremezclan dos tiempos, dos espacios y dos historias. 1961 en Londres. México, en la época de Calles. Y la vida de dos hermanas. La de Isabel, es la de la solterona de 78 años que al calor de los tragos relata su amor truncado, a la joven pareja mexicana que la visita en el pub “Los tres compases”. Pero a la vez, el autor hace un juego sutil con este título, al marcar el nuevo ritmo en la vida de la otra hermana Amy, de 65 años, que divorciada de su marido, ahora casado con su joven esposa, llevan un “menage a trois”. Este tema multiplicado adquiere un sombrío esplendor en *Nudo*.

En *Retrato de Anabella*, la ex-cantante de ópera, también va a cumplir años. Serán muchos, pero no importa, porque Anabella es eterna. En su departa-

⁴ Sergio Galindo, *El Bordo*, 1960, ed. Fondo de Cultura Económica, 1984, 210 p.

⁵ Sergio Galindo, *Nudo*, ed. Mortiz, Volador, 1a. ed., marzo de 1964, julio de 1973, 142 p.

⁶ John Brushwood, *México en su novela*, 1966, 1973, ed. Fondo de Cultura, traducción de Francisco González Aramburu, 437 p. (p. 72).

⁷ Ignacio Trejo Fuentes, *La vejez en la obra de Sergio Galindo*, Diálogos No. 94, julio-agosto 1980, p. 32-38.

mento-pocilga rodeada de fotos y recuerdos de sus actuaciones pasadas, Anabella se maquilla con esmero sus hermosos ojos. Mientras limpia la mancha de vómito seco en la solapa de su traje *George Sand* y empuja la bacinica repleta debajo de su cama, espera ilusionada la visita de sus sobrinos, Mina y Franco, que llegan cargados de regalos. Como solía hacer en su niñez para prolongar la fiesta, aparta dos para el otro día, el de su cumpleaños, y abre una sola caja. Es una espléndida seda italiana color gris y lila.

Si Camerina Rabasa en *Polvos de arroz*⁸ suda al pensar en sus años, kilos, lonjas y virginidad auestas, Anabella es su contraparte. Alegre y despreocupada del desorden y la suciedad en que vive, Anabella, que tiene aparte de sus ojos, un cuerpo hermoso, ha tenido todos los hombres que ha querido. Todos, excepto a Pedro, su marido. Anabella es jovial cuando admite: . . . *hay que tener muchos esposos y amantes mexicanos para entender este país. De otra manera se queda uno en la superficie sin ahondar en los misterios, en las creencias. Yo no entendería el día de los muertos si no hubiera amado a un tarasco* p. 66. Es pícara cuando advierte: *Los hombres me enloquecen. No me dejes a solas con tu marido porque empezaré a hacer de las mías* p. 68. Y es sincera cuando confiesa que no ama a sus hermanos: *Nos peleamos hasta por correspondencia* p. 67.

Si Camerina no puede cambiar ni de cosméticos ni de vida, Anabella no puede prescindir de sus apetitos, y una vez más se lanza a la reconquista del amor. Camerina, "a puerta cerrada", escucha las burlas de su pequeña familia y encarna el sufrimiento en la frase sartreana "el infierno son los demás". Anabella también es juzgada en la mirada estupefacta de sus sobrinos que la fijan y la insultan.

El tratamiento visual con que Galindo ha trabajado esta narración es impecable. Desde el título

hasta el final, todo está cifrado en imágenes: las diversas fotos de Anabella, el poster de Pedro desnudo presidiendo la recámara. La mirada que inicia el claroscuro del departamento y que revela en Anabella su negativo (vieja, sucia, lasciva) y amplifica su positivo (joven, pura, enamorada). Al final, la celebración idealista en la imagen es evidente: *Irradiaba ternura como sólo una mujer enamorada puede hacerlo. No había arrugas en ella, no existía la edad, era la representación del amor* p. 74. El cuerpo desnudo de Anabella queda cubierto por la seda gris y lila. Gris como su soledad. Lila como el color de sus famosos ojos. Anabella desnuda posee la incorporeidad irrefutable de la imagen, la de su propio retrato. Pero el verdadero, el único, que será el diagrama abstracto de la modelo, donde la cara de lo real y lo ideal se fusionan para siempre.

Si Anabella confiesa que *el juego del amor es inextinguible* p. 75, en *Querido Jim*, escuchamos el juego de Leonor y Jim que existen, transitoriamente, por las palabras mientras combaten la vejez, la fatiga y la rutina, en un viaje físico y mental que dura para siempre.

Por último ¡Oh, hermoso mundo! es la frase final del primer cuento de esta colección, que con sarcasmo el autor utiliza, en el angustioso monólogo de un Adán transfigurado en Cristo y que simboliza la pesadilla del ser humano que literalmente habita una celda. Tema que este autor repetirá en *Este laberinto de hombres*⁹ y que tiene su máxima expresión cuando, un personaje en *Nudo*, en mi opinión, epitomiza la obra de Galindo: *toda relación humana termina en eso; se habita una cárcel y uno debe destruirla o fugarse. Y claro, la vida es una interminable repetición de cárceles, pero entre una y otra puede uno esperar o gozar de un poco de felicidad. Estos minutos que valen por todo, tan honda y aberrantemente, que uno reincide y se deja caer en la trampa una vez más.*¹⁰

⁸ Carballido/Galindo, *Dos novelas mexicanas (El norte-Polvos de arroz)*, ed. Narrativa Latinoamericana, Uruguay, Nov. 1967, 109 p.

⁹ Sergio Galindo, *Este laberinto de hombres*, Universidad Veracruzana, Cuadernos del Caballo Verde, 1979, 53 p.

¹⁰ Sergio Galindo, *Nudo*, op. cit., p. 28.

Cárceles privadas, las familiares, las del terruño y las amorosas, que se multiplican y desfilan en comparsa alucinada. Cada cumpleaños es un barrote más que al caer, aprisiona. El frío y la neblina calan. Los personajes de Galindo tratan de huir. París y el alcohol son el *sumun* de la evasión. Pero la

evasión se convierte en una nueva trampa. No hay escape. El mundo no es hermoso. El mundo es una inmensa cárcel pública.

¡Oh hermoso mundo! contiene siete relatos exactos que han sido labrados con la emoción de su artífice literario, Sergio Galindo.